



Hipertexto 4  
Verano 2006  
Pp113-128

**Presencia y función de los magos en la  
novela histórica romántica española**

Álvaro Llosa Sanz

University of Nevada, Reno

[Hipertexto](#)

Parece que la teoría poética de la imaginación romántica, difundida con fuerza en la poesía no alcanza con arrolladora pasión la novela histórica española, pues si bien ésta se mueve en ese sistema idealista donde reina la imaginación aplicada a la Historia para conformar un género de carácter popular y nacionalista (léase el prólogo del López Soler a *Los bandos de Castilla*), el aspecto fantástico ligado a dicha concepción espiritualista de la realidad y a las épocas retratadas (fundamentalmente la Edad Media) queda en un plano discreto y nada audaz que marcará también el carácter de la literatura española subsiguiente, a pesar de la corriente fantástica que incluyen a lo largo del siglo en su producción Valera, Pardo Bazán y otros.

Quizás por ello existe una ausencia de estudios específicos sobre la magia en la narrativa romántica española, y especialmente en la novela histórica romántica. En torno a la verdad y fantasía entreveradas en las mismas (que no la magia en sí misma) tenemos un clásico artículo de Amado Alonso ("Verdad y fantasía de la novela histórica") y otro de Rubio Cremades sobre *Los bandos de Castilla*; pero es Carnero quien dedica un texto ("Apariciones, delirios, coincidencias") a las apariciones y sucesos mágicos en estas obras. Según Carnero, lo fantástico queda limitado en la novela histórica romántica española a lo *maravilloso psicológico reducido a la razón*, con lo que las apariciones de fantasmas y espíritus quedan rápidamente explicadas de forma racional, restando todo misterio fantástico a estos elementos de la trama y la realidad de la novela queda constreñida en los límites aparentes de lo aventurero histórico más objetivo, dentro de una concepción de objetividad informativa arqueológica y fantasía histórica hermanadas en una síntesis (Alonso) en la que las anacronías históricas que permiten una mejor acomodación novelesca constituyen el único rasgo de fantasía aplicado a esta novela, dejando muy al margen de la buscada verosimilitud burguesa los elementos puramente fantásticos que, sin duda, podrían haber enriquecido lo imaginativo de este tipo de creación romántica. Quizás la tradición, autores y público no eran capaces de concebir tal cosa. No obstante, hay un elemento

que Walter Scott –cuya influencia es decisiva en el nacimiento de este tipo de novela en España (Pujals 132-134)– había introducido como característico: la inclusión de magos o brujas en sus novelas, dotando de cierto ambiente mágico algunas de sus escenas, pero sin alcanzar aún el grado de lo gótico. Así, imitando su magisterio, en la novela histórica española no podrán faltar.

Sin embargo, nadie parece haber atendido críticamente a la figura de estos personajes secundarios, aunque estén siempre presentes en las tramas. Pertenecientes a la esfera fantástica, en general van a representar un papel simbólico y en ocasiones puramente pintoresco. En ningún caso se convierten en auténticos protagonistas; a pesar de que al igual que los bandidos o rebeldes, protagonistas absolutos de algunas novelas (como *Sancho Saldaña*) y representantes evidentes de una esfera extracultural que podría querer plantear un reordenamiento de la sociedad (Zavala 242), los magos se prestan también a reflejar desde lo marginal en muchos casos la rebeldía espiritual romántica ante un mundo que quiere ser transformado. Sin embargo, probablemente porque el bandido es un personaje misterioso, perseguido y vulnerable siempre, pero en cualquier caso menos discutible (y más actual) desde la verosimilitud y lo histórico, el mago queda marginado de todo papel protagonista y, si llegara a acercarse a dicho papel, carecerá en el fondo de todo carácter mágico, como sucede con Enrique de Villena en *El Doncel*, a pesar de la increíble leyenda fáustica que rodeó siempre al marqués. Al fin, parece que la presencia de la magia sólo se asume como elemento o rasgo cultural e histórico de una época, la Edad Media. El mago, asimismo, y desde una posición muy cercana al positivismo histórico-científico del XIX, se asume como un personaje secundario que solamente ayuda a modificar la realidad prescindiendo de sus poderes mágicos reales, que son nulos o casi nulos, pero utilizando sin embargo los efectos de su imagen y la superstición de los personajes que le rodean, para obtener un fin o justificar un suceso posterior que aparentemente profetiza. De hecho, tendremos que esperar a Juan Valera para que la implantación de lo fantástico a través de estas figuras se realice de una manera más notable y convincente, apuntando en sus historias no solamente a lo maravilloso reductible a la razón, siempre con una tensión bien mantenida hasta el final, sino también a admitir lo puramente maravilloso con visos a descubrir el imaginario mágico posible de toda una época y una civilización recreadas, al estilo de un Bulwer Lytton, como prefigura el bosquejo de *Elisa la Malagüeña* de Valera.

Entre las novelas del período en que se desarrolla este género (1830-1844), y situadas entre las más destacadas de su género y también en cuanto al asunto que nos atañe, hemos elegido *Los bandos de Castilla* de Ramón López Soler (1830) y *El Doncel de Don Enrique el Doliente* (1834) de Mariano José de Larra. La primera se desarrolla en la corte de Juan II de Castilla (1406-1454), con el trasfondo de luchas intestinas castellanas y la guerra con Aragón, bando al que pertenece nuestro héroe caballeresco Ramiro de Linares. La segunda novela se desarrolla en torno a la corte castellana de Enrique III (1390-1406), padre y antecesor de Juan II, en la lucha que ostenta el mítico Enrique de Villena por lograr convertirse en maestre de la Orden de Calatrava, que acaba afectando al heroico trovador del amor Macías, enamorado de una mujer casada. Ambas historias abarcan un periodo no muy extenso de la Historia y bien definido: la primera mitad del siglo XV.

## *Magia, Edad Media y la corte castellana del siglo XV*

Especialmente desde el Cristianismo y la definición de la magia diabólica por San Agustín –frente a la magia natural no demoníaca defendida por el platonismo plotiniano, basada en el conocimiento de las correspondencias divinas establecidas ya en el universo–, la magia implicó la cuestión moral de una manipulación o alteración del mundo previamente ordenado por Dios, y se convierte así en un elemento discutido y temido por la sociedad, perseguido por representar un desafío al orden natural e institucional vigente. Durante toda la Edad Media, esta sensación se acrecienta en Europa de tal forma que el papa Juan XXII, en pleno siglo XII, mandó requisar y quemar todos los libros de magia que se encontrasen (Álvarez López 55), y algo parecido sucedería con Benedicto XIII en el siglo XV.

Un siglo XV que, tras un siglo XIV repleto de peste y penurias, representa el fin de una época de ideales y de crisis espiritual, de inseguridad ante el futuro: astrología y artes vanas se practicaron con profusión, y todo tipo de supersticiones y hechizos estaban presentes en la sociedad y en la corte castellana (Álvarez López 17-18 y 63). Ya desde el siglo XIII era habitual y había en la corte una tensión entre quienes aceptaban y usaban la magia y quienes la denostaban. Juan II encarga a Lope de Barrientos tratados sobre aspectos mágicos para poder juzgar bien los casos que se le presentasen (Álvarez López 64). Magia, poder y fortuna estaban ligados, como de forma explícita describe Larra al encarar el ambiente coortesano del siglo XV al inicio de *El Doncel*. Se hace eco de la existencia e importancia de la magia, su presencia en las cortes y destaca la superchería de muchos magos que abusan de la credulidad de un siglo confuso. Pero ¿quiénes son esos magos en esta sociedad medieval? ¿Son todos así? ¿A qué se dedican y cómo van vestidos, dónde y cómo trabajan? Las dos novelas que nos sirven de ejemplo muestran, aunque a grandes rasgos, una variedad de magos bien definida en su origen, propósitos y técnicas.

### *El gitano Merlín: adivinador innato*

En el tercer capítulo de *Los bandos de Castilla* tres hombres hablan acerca del rapto que deben llevar a cabo sobre la dama Blanca de Castromerín para satisfacer a su mentor don Pelayo de Luna, conde castellano soberbio y un enamorado despechado. El tercer interlocutor acapara nuestra atención:

... pues sobre ser bajo de cuerpo, suelto de miembros, y en sus gestos y ademanes inquieto y vivaracho como un mico llevaba un traje más semejante al de los moros que al de los fieles castellanos. Su turbante amarillo y túnica verde lo daban a conocer por uno de los bárbaros que en aquel siglo inundaron la Península, la Francia y la Inglaterra, conocidos en Castilla con el nombre de gitanos, los cuales embaucaban a los sencillos y crédulos diciéndoles lo que llamaban la buenaventura, cantaban letras impúdicas y ejercían finalmente ratera y baja rapiña con toda suerte de bellaquerías.

Nuestro primer aspirante a mago es, pues, un gitano, posiblemente llegado de zona musulmana, por el atuendo que lleva (a lo morisco<sup>1</sup>) y por las referencias que se hacen luego de él llamándolo africano. Sabemos que los gitanos llegaron a España en 1427, procedentes del norte de África y de Europa, tras una emigración de la India. Son acogidos por su carácter colorista con gran benevolencia por reyes y nobles: se les entregan regalos y permiso para circular libremente (Sánchez Ortega 13). Sin embargo, por su nomadismo y costumbres tan diferentes a la Castilla del siglo XV, en 1499 los reyes católicos imponen la obligación de poseer amo y oficio, y comienzan a ser considerados vagabundos sin ley (Sánchez Ortega 14).

Ya en la conversación que aparece en el capítulo referido se lo califica por sus compañeros de “pícaro, perro incrédulo y suspicaz, gitanillo sucio y mal peinado”. No parece pues que la fama del personaje sea muy buena, las tópicas acusaciones sobre el gitano se van a formular a lo largo del libro. Pronto nos enteramos de que además es espía, pero tanto de un bando como de otro. Aún así, será un individuo simpático, valiente y con desparpajo, finalmente generoso con los objetivos de los héroes de la novela al redimirse por bondad de una de las damas, a la que considera “única cristiana que se ha compadecido del vagabundo Merlín, y no le ha apellidado con arrogancia y desdén cingaro, gitano y egipcio”; así, recibirá el beneplácito del novelista quizá por constituir un marginado al estilo romántico que sólo sigue sus propios ideales y vive sin las normas sociales estipuladas, capaz de generosidad comprometida por amor.

El origen misterioso y la mentalidad extraña adjudicada a los gitanos podemos verlo descrito en el capítulo veinte, clave para este trabajo, de *Los bandos*, en el que Merlín, así apodado este gitano de baja clase, se entrevista con el alto noble Álvaro de Luna, hombre cuyo corazón “ardía presa de inexplicables tormentos, nacidos de las desgracias que amenazaban su privanza y su persona”. Angustiado y temeroso de un cambio de fortuna que lo lleve a la muerte o desgracia, aprovecha cierta ocasión para consultar como astrólogo popular a este gitano, antes de acudir furtivamente a su astrólogo oficial en la corte, el judío Ben-Samuel. Merlín se entretiene en decir la buenaventura entre los criados y flecheros de la corte cuando es llamado para informar sobre sus últimos espionajes y entabla una conversación en la que el noble le pregunta con desprecio por ese “don celestial del vaticinio” atribuido a su raza de “linaje tan ruin y pordiosero”; a lo cual Merlín responde:

Esta facultad maravillosamente admirada de los europeos la posee nuestro pueblo por instinto; al través de las facciones del rostro y de las líneas de la mano vaticinamos tan fácil y positivamente la suerte de los demás como al ver un árbol en la primavera anunciáramos por la flor el fruto que debería producir a su tiempo.

Don Álvaro requiere una prueba de ese poder innato, y Merlín vaticina con desparpajo y temeridad la muerte del noble en la horca. Éste se enfurece, pero no toma ninguna represalia porque confirma los temores de su espíritu agitado. Dirige pues la conversación a otros asuntos y le pregunta sobre su país, su secta religiosa, su domicilio, y su ley, a lo que Merlín responde que no tiene

---

<sup>1</sup> Y al parecer, los moriscos tendían en la Edad Media a llevar indumentaria de tradición musulmana (túnicas, bordados de vivos colores en combinación), aunque generalmente adoptaban el modelo cristiano. De todos modos hubo influencias mutuas entre cristianos y moriscos en lo que respecta a la moda (Martínez Martínez 434).

patria, no tiene culto, vive allá donde se encuentra, no tiene bienes, come cuándo tiene hambre y su ley es el padre de la tribu a la que pertenece. En resumen del propio don Álvaro, que muestra la sorpresa que debió ser para un representante de la cultura medieval:

-¡Luego, exclamó don Álvaro admirado y confundido, vives sin los dulces lazos que unen en sociedad a los demás hombres; vives sin rey que te mande, sin leyes que te protejan, sin medios de subsistencia, sin domicilio ni hogar; vives, desgraciado de ti, sin el cariño que la patria nos inspira, y sin el consuelo de un Dios que nos ama y nos perdona! ¿Qué te resta pues? ¿A qué dicha aspiras privado de la religión, destituido de amor patrio y de toda doméstica felicidad?

La respuesta de Merlín, que aspira a la “verdadera independencia” es ya un anacronismo del espíritu romántico proyectado en el simbolismo del personaje. Don Álvaro, representante de lo instituido caduco, no le adivina más que en una mazmorra con esa visión de la vida, y se cuestiona la utilidad y validez de la libertad de que hace gala el gitano. Pero éste responde, de un modo plenamente romántico:

[La libertad existe] en mis ideas: sujetas están las vuestras so la coyunda de las leyes, de la religión y de la patria, mientras vuela libre mi espíritu, aun cuando yazca mi cuerpo descoyuntándose en un potro.

Seguidamente tratan sobre el origen del pueblo gitano, desconocido para el propio Merlín, pero desde luego sin relación con el judío, pues afirma no seguir ningún rito de tradición judía. Por último, su verdadero nombre (Merlín es un apodo irónico y ridículo) sólo lo saben los de su raza. Después narra brevemente su vida: cautivo por los franceses, entró de criado de un sacerdote castellano que lo instruyó, pero le hurtó toda la plata que tenía y al ser descubierto recibió una buena paliza. Merlín se vengó sin dudarlo asesinándolo a navajazos, tras lo cual huyó.

En estos fragmentos queda definida la historia y sociología más tópica del pueblo gitano, con todo su exotismo, entre la que se incluye como aspecto destacado su relación con la adivinación. De hecho, las primeras acusaciones que se realizaron contra los gitanos desde el siglo XV, y que tuvieron su máximo desarrollo en los siglos siguientes, fueron la de vagabundos sin oficio, falsos conversos, ladrones, asesinos y astutos engañadores mediante artificios mágicos (Sánchez Ortega 248). En 1631 dirá Juan de Quiñones en un famoso *Discurso contra los gitanos* (Sánchez Ortega 18):

... porque no queden cortos ni faltos en todo género de maldades, son también encantadores, adivinos, magos y chirománticos, que dicen por las rayas de las manos lo futuro, que ellos llaman la buenaventura (...) y, generalmente, son dados a toda superstición.

Y en las Cortes de Madrid, en 1594 se había discutido la cuestión (Sánchez Ortega 14):

... en estos reinos anda un género de gente que se nombran gitanos cuya vida y trato es la más perdida que hay en toda la república cristiana, ni aún bárbara, que parece que son gente sin ley, porque no se save que guarden ninguna, sino que del todo viven llenos de vicios, sin ningún género de recato, con grave escándalo destos reinos y de los naturales dellos. Son gente vagabunda, sin que jamas se halle ninguno que trabaje ni tenga oficio con que sustentarse, son públicamente ladrones, embuidores, echando juicios por las

manos haciendo entender a la gente ignorante que por allí alcanzan y entienden lo que ha de suceder. Son gente que no guarda los matrimonios la forma de la iglesia, porque se casan parientes con parientes, sin ninguna dispensación (...)

Especialmente relacionado con las mujeres gitanas, que fueron juzgadas por la Inquisición como hechiceras, los gitanos aplican su astucia mágica para sobrevivir a su manera, y aprovechan la reputación de tribu mágica para llevar todo ello a cabo (Sánchez Ortega 247-248). Es evidente que nuestro pícaro Merlín lo sabe, pues se dice en el texto novelesco que fue “la perspicacia y no la ciencia de Merlín” la que leyó los temores de don Álvaro en su semblante. Tenemos pues a un aspirante a mago que se queda en la historia de su leyenda, como un charlatán que representaría la magia popular de la superstición, y de la que nuestro atribulado condestable participaba con ciega convicción en aquellos momentos de angustia.

### *El judío Ben-Samuel, mago culto y precientífico*

Inmediatamente después de esta entrevista, y oculto por el negro manto nocturno, don Álvaro de Luna cabalgará en secreto hasta alcanzar el tenebroso y misterioso castillo de Arlanza, lugar maldito porque en él se han cometido numerosos crímenes perpetrados por el señor del castillo, y donde Pelayo de Luna, hijo del condestable, maquina todas sus maldades contra los de Aragón. Allí tiene secuestrada a Leonor, hermana de su rival aragonés. En aquel sombrío lugar, descrito con aires góticos, reside a su vez, oculto por la familia Luna, un reconocido astrólogo traído de las cortes de Viena y Hungría, cortes que en ese momento desarrollaban un renacimiento cultural bajo la tutela del emperador Matías Corvino. En el castillo, este astrólogo judío llamado Ben-Samuel puede “dedicarse libremente a sus sombríos y horribles experimentos”. Sin embargo, no nos hallamos ante un oscurantista demacrado o cadavérico por el enclaustramiento...

Veíase muy al revés en el judío un hombre de alta talla, majestuoso y corpulento, frisando como en los cincuenta de la edad, sin estar por eso destituido de cierta lozanía y vigor. El turbante blanco como la leche sujeto con ardiente rubí en torno de su cabeza, la bala de seda forrada de armiños con presillas de oro, la túnica talar algo oscura, sembrada de lucientes estrellas, y el ancho cinturón carmesí donde brillaban sutilmente recamados los doce signos del zodiaco, daban a sus facciones, naturalmente severas un carácter de importancia muy conforme a la fama de su ciencia.

Con un atuendo oriental y deslumbrantemente mágico (las estrellas, el zodiaco), desde luego sorprendente para un castellano del medievo, este “rabino” observa unas pruebas de imprenta del aparato recién inventado por Gutenberg, sin duda un guiño a la trascendencia revolucionaria que la imprenta habría de tener sobre la culturización y difusión de ideas, pero también de las guerras de ideologías que habría de propagar. López Soler aprovecha este símbolo para hacernos sentir la proyección de la historia, sus protagonistas y sus revoluciones, a través de ofrecernos una imagen del mago humanista, de hombre culto y avanzado de su época, un Pico della Mirandola multidisciplinar que es capaz de ver el futuro a través no sólo de las estrellas, sino también de los acontecimientos y avances científicos.

Ciencia y magia eran aún en aquella época la misma cosa, con más razón si pensamos que la magia natural fue la que, mediante el desarrollo de su

vertiente empírico-racionalista, alcanzó la orilla firme de la ciencia positivista posterior. Por supuesto, don Álvaro de Luna no está preparado para esto, pues la dimensión o conciencia histórica no ha germinado en la mentalidad medieval (Garin 140-152), y sólo puede pensar en su siglo y en sus problemas, y tanto le preocupaba su situación inmediata que “venía como a humillarse y a confesar sus recelos a las plantas de un judío”. Pero lo trata con respeto, de docto y sabio. Aunque corrían malos tiempos para los hijos de Israel, los reyes y nobles habían protegido tradicionalmente a los judíos, teniéndolos junto a sí por sus diversas habilidades: en el siglo XV, el padre de Juan II, Enrique III el Doliente, mantenía a su lado al físico Mosséh Aben-Abraham Aben-Zarzal (Amador de los Ríos 352), que será nuestro protagonista judío en la historia de *El Doncel*, como médico personal. Cuando éste fue sustituido por otro médico judío y murió el monarca, desenlace esperado hacía mucho, el sustituto fue acusado de envenenamiento y tuvo que reconocer por presión popular finalmente un crimen no cometido (Amador de los Ríos 423-424). Pero la situación de los judíos había sido ya muy precaria desde el último tercio del siglo XIV: los procuradores habían culpado de la pobreza existente a los judíos, por su gestión y su enriquecimiento con la usura, y solicitaron la retirada de éstos en los consejos; se les fue concedido en parte (Amador de los Ríos 310-311). En realidad se ha comprobado que los judíos en general ostentaban porcentualmente la misma riqueza y puestos que los cristianos (Ruiz 109) pero, al final, una serie de envidias acaban en auténtica conspiración contra los judíos, que son expulsados de sus propias juderías por las masas populares inflamadas con los sermones antisemitas del arcediano ecijense Ferrán Martínez (Varios 167). Se destruyen sinagogas y se asesina a miles de judíos en el año 1391, y finalmente en los reinados de Enrique III y Juan II (los de nuestras novelas) se prohíbe su acceso a cargos de cualquier tipo y al comercio con los cristianos si no se convierten completamente al cristianismo: Pablo de Santa María, rabino sabio respetado por judíos y cristianos que fue ascendido a Canciller tras su conversión, arremete sorprendentemente contra sus hermanos mediante una pragmática reguladora en 1412, en la que se prohibía que un judío ejerciera de especiero, boticario, cirujano, físico, vendedor de viandas, arrendador, procurador, mayordomo, u oficios como herrador, carpintero, sastre, fundidor, carnicero o traperero (Amador de los Ríos 327-384, 497 y 501). La disposición papal de Benedicto XIII (el papa Luna) de 1415 ratificará universalmente este ordenamiento de Valladolid, e incluso solicita requisar todos los libros judíos, decretar el cierre de todas las sinagogas, la anulación de testamentos judíos, impide su función de prestamistas, la obligatoriedad de llevar divisas, la anulación de cualquier contrato con ningún judío, así como la prohibición de ejercer oficios de médico, cirujano, boticario, droguero, partero, corredor, tratante, casamentero o compromisario (Amador de los Ríos 512). “Nunca se había, pues, estremado tanto la persecución ni llegado a formar, como ahora, un verdadero sistema, encaminado a cambiar la faz legal del pueblo israelita, y nunca se habían empleado con tal fin las manos, que ahora preparaban y ejecutaban aquel terrible proyecto”, asunto impensable hasta hacía poco, ya que “hasta aquel instante habían, en efecto, ejercido libremente en toda España, no sólo las letras y las ciencias, y en especial la medicina y la cirugía, sino también las artes secundarias y las industrias comerciales” (Amador de los Ríos 512 y 521). Así que no es extraño que nuestro personaje Álvaro de Luna mantenga a un

judío, que ya desde el Concilio de Toledo estaba considerado por definición hechicero (Álvarez López 49), escondido en uno de sus castillos. Aunque veremos que también lo es por su magia.

Frente a lo que era poco habitual en la época, Álvaro de Luna pregunta a Ben-Samuel por el fin de sus días. El judío en este caso sí va a realizar una adivinación mágica, pues

... echando mano a varios de los instrumentos que había en aquella estancia, preparóse como para leer en las páginas de lo futuro. Fijando después en don Álvaro sus negros y vivaces ojos, contemplólo largo espacio cual si pretendiese analizar las muchas líneas que cruzaban por su rostro. Tomóle la mano diestra y examinó escrupuloso todas sus rayas sin hablar palabra alguna, observando con inalterable gravedad las prácticas y ceremonias prevenidas por las artes cabalísticas.

Y acto seguido, tras asegurarse discípulo de Nostradamus y Galeotti y destacar un “no dejo de leer el destino de los hombres en las revoluciones de los astros”, vaticina de manera un tanto oscura “que por la parte de Asturias leo el nombre de cadalso”. Y para que su cliente pueda sentirse satisfecho, le ofrece las razones astrológicas del vaticinio y la duda sobre la interpretación definitiva del mismo, que corresponderá al interesado:

... no sabré decir de fijo si en un infame cadalso, aunque aseguráros puedo que veo indicado tan espantoso nombre hacia las regiones septentrionales de estos reinos.

Históricamente, señalemos que don Álvaro se consultaba con una maga de Valladolid, según noticia de Hernán Núñez (Álvarez López 64) y desde luego, la astrología era práctica habitual en el siglo XV, la más popular forma de adivinación en la corte (Kieckhefer 132-133): se creía en que los astros contenían una información útil para los hombres y el conocimiento de su salud o futuro. Los gobernantes, interesados especialmente en este saber, consultaban habitualmente a los astrólogos. Hay que reseñar que la función del astrólogo era más bien predecir el cuándo, no el qué o cómo (Kieckhefer 134). Y no se apreciaba en absoluto que se adivinase el modo y momento de la muerte, pues podía considerarse como una traición (Kieckhefer 135). Parece que la angustia del condestable justifica un tanto esta salida de tono respecto a la costumbre de su época. También observamos en el texto cómo las indicaciones del prudente Ben-Samuel son más bien orientativas: no supone necesariamente que la horca sea una horca auténtica, sino quizás un mensaje de precaución. Es notorio que en el mundo cristiano, la astrología y el libre albedrío podían chocar, por ello no pronosticaba comportamientos humanos, sino que predecía tendencias generales, en última instancia modificables por el libre albedrío (Kieckhefer 138-139). La mente obsesionada y un poco torpe de don Álvaro interpreta erróneamente que *cadalso* se debe referir a cierto pueblo de sus dominios en el norte de la península, y decide no acercarse por allí para evitar una desgracia. Paga al judío y se va. Ben-Samuel se queda a solas y aparece en escena Merlín, que lo ha escuchado todo ocultamente. Ben-Samuel, tras invocar la docta ciencia enseñada a él por famosos sabios armenios, griegos y hebreos, se queja del poco dinero que recibe en la corte, asegurando que en la corte del rey Matías de la que procede le disputaban sus servicios los grandes señores de todas las religiones que por allá se cruzan. Así, con la muestra de este rasgo de orgullo y avaricia ya adjudicado a su raza, Ben-Samuel dictamina: “¡Por las torres de Sión! El bárbaro que desprecia la

ciencia, perezca por su propia ignorancia”. Lo cual no deja en muy buen lugar la mentalidad castellana del siglo XV.

Lo cierto es que nuestro mago ha usado medios ilícitos, es decir mágicos, para hallar la fortuna de Álvaro de Luna, pues toma la mano del condestable, examina sus rayas (quiromancia) y realiza ceremonias de signo cabalístico, magia de tradición judía con la que entrar en contacto con los espíritus, y que ya Ramón Llull en el siglo XIV, como lo hará también Pico della Mirandola a finales del XV, había adaptado al sistema cristiano (Yates 29; 36 y ss.). Esto quedaba prohibido por la religión oficial, como se desprende de los textos de la época. Lope de Barrientos, que fue el encargado de quemar la biblioteca de Enrique de Villena, escribe para Juan II su *Tractado de adivinança*; en él define la adivinación así: “adeuinança es vsuspación del saber o conoçer las cosas de aduenideras que solamente perteneçen a Nuestro Señor que aquellos que se trabajan e presumen saber tales cosas aduenideras, por alguna de las artes mágicas o divinatorias, éstos tales, usurpan la sabiduría que a la divinidad pertenece” (Álvarez López 119). Sólo admite la interpretación de los astros como lícita “sy alguno vsa de la ciencia e consideración de las estrellas a fin de saber las cosas aduenideras que naturalmente se causan del mouimiento de los cuerpos çelestiales” (Álvarez López 133), siempre sin intervención de fórmulas ni otros ritos. La astrología o estudio de los astros se consideraba en ese aspecto una ciencia, tanto es así que existía al menos una cátedra de dicha disciplina en España.

Sin embargo, un mago como el presente no podía ser bien entendido ni admitido moralmente, debía estar oculto ante la sociedad. De hecho, al final de la novela (cap. 26), cuando llega el asalto e incendio del castillo Ben-Samuel es rescatado, y la actitud de los soldados ante su aparición no es precisamente agradable, pues “al verle alzaron un grito contra él y recibieronlo a silbidos, asegurando ser el demonio que tanto aterraba a las gentes en el castillo de Arlanza”. La superstición imperante unida a la leyenda del castillo de Arlanza provocan esta reacción popular contra el mago. Al decidirse después éste a regresar a sus lejanas tierras, se resuelve que irá acompañado hasta Francia “con el objeto de evitar al grave astrólogo todo pernicioso encuentro”.

Tenemos en Ben-Samuel, pues, el mago culto y sabio, precursor del científico, que trabaja fundamentalmente con la magia ceremonial, lo cual implica conocimientos elevados en la materia y cuestionados moralmente.

### *El judío Abenzarsal, mago manipulador*

En *El Doncel* otro judío nos sale al paso, esta vez claramente inspirado por la Historia, pero totalmente transformado en personaje abyecto: el físico de don Enrique el Doliente, Abenzarsal. Cercano a los propósitos ambiciosos de Enrique de Villena, este médico adivino va a jugar un papel de cierta importancia en la trama novelesca de Larra, ofreciendo un matiz nuevo a sus pretendidos poderes mágicos: la superchería que se aprovecha de la superstición popular para manipular los destinos de los hombres. Veamos su presentación ante Villena (cap. 15), para tramar con él ciertos planes oscuros...

... se presentó en la habitación el físico de Su Alteza, Mosén Abraham Abenzarsal, el mismo que en la corte de la mañana había acompañado constantemente al Doliente rey. Su estatura era pequeña, su tez pálida y macilenta; brillaban sus ojos en su oscuro semblante como dos carbunclos en medio de las tinieblas de la noche, y era la expresión

de toda su persona malignidad y avaricia; su mano descarnada y su barba larga le daban cierto aire de adusta gravedad. Su traje era un largo y amplio balandrán negro cogido con una larga correa; ayudábale a andar un nudoso y retorcido báculo semejante al bastón pastoral, y una toquilla con dos plumas malamente colocadas encubierta su calva zollos.

Con un vestido más discreto y monacal que el de Ben-Samuel, pero un aspecto siniestro con expresión, de nuevo muy tópicamente judía, avarienta, Abenzarsal intenta con la gravedad que le corresponde como mago mantener ciertas apariencias ante su amo, quien conoce bien qué hay de auténtico y falso en su ciencia y prefiere la astucia disfrazada de magia a la charlatanería sobre poderosos conjuros propia del mago:

¿Creéis que habláis con el imbécil don Enrique el Doliente, a quien su débil contextura arroja como una víctima inerte en vuestros groseros lazos? ¿Creéis que he pasado años enteros sobre los triángulos y los crisoles, llamando inútilmente a ese espíritu de las tinieblas, para dejarme deslumbrar de vuestra imprudente charlatanería? Guardad para el vulgo esa necia ostentación y acordaos de que es más fácil oír que adivinar.

Así, Abenzarsal aparece como un pretendido mago que aparenta dominar la astrología y la magia ceremonial mediante conjuros; pero Villena le recomienda que la guarde para la superstición popular. La ilusoria competencia profesional de este mago frustrado queda desvelada con humillación, al preguntársele por su éxito en la transformación alquímica y reconocer el mago su fracaso. A lo que Villena critica nuevamente:

Ved, yo soy mejor alquimista. Sin andar a caza de la esencia del oro encerrada en un rayo del sol, yo hago ese precioso metal con los terrones de mis estados. Tomad esas doblas –añadió alargando al viejo, cuyos ojos brillaban ya de alegría, un repleto bolsón de cuero–, ése es el mejor conjuro; a la voz de ése no hay espíritu en el orbe que no responda.

Precisamente Villena, una leyenda viviente que será temido por hechicero en la novela, desmitifica la magia, la degrada a puro truco, a pura conveniencia, y Abenzarsal, ilustre descendiente de sabio médico judío, desengañado de las artes mágicas, debe reconocer que sólo el dinero al servicio del engaño es la única alquimia posible en la corte castellana del siglo XV, donde la lucha por el poder (en este caso el de Villena por llegar a Maestre) es pan de cada día. Abenzarsal representa al mago que quizás algún día creyó poder serlo, pero que sólo finge ser finalmente, aprovechando el contexto social en el que vive. Es un astrólogo “de los que en aquellos tiempos de credulidad y superstición vivían especulando” (cap. 24). De este modo el judío cumplirá su papel mágico, sí, como se verá muy pronto; a ojos de los cortesanos será un gran adivino. Así lo aprecia Villena tras contarle varias noticias secretas de importancia política capital que él ha logrado anticipadamente mediante espías.

... Deslumbrad a la corte. Allí podéis hacer uso de vuestra recóndita ciencia. Adivinad delante de Su Alteza las noticias que acabo de daros y adivinad también que el maestre de Calatrava ha de ser...  
- Don Enrique de Villena.

Abenzarsal debe cumplir su papel fingiendo adivinar las noticias que privilegiadamente conoce Villena. Curiosamente, Giordano Bruno propondrá un siglo después esta imagen de mago: un ser por encima de la moral que es

capaz de manipular, no ya los espíritus o los elementos naturales que ligan el universo y en cuya transformación trastocan el mundo, sino los vínculos que mueven a los hombres y mediante cuyos sutiles hilos puede manipularse por antojo sus actos provocando las reacciones adecuadas, anticipando la psicología moderna (Culianu 129 y ss.). Y es de este modo, un tanto maquiavélico, como el propio Abenzarsal ha de redondear el plan de Villena, pues Macías puede representar un peligro para sus designios, así como la amada secreta del trovador, Elvira. Manejará para su destrucción el sutil espíritu del amor pasión. Para ello, el judío analiza la psicología de Macías:

... es mozo de pasiones vivas; acaso manejándolas y volviéndolas contra él mismo... Es bizarro, pero preocupado, supersticioso como los jóvenes todos de esa corte ciega y atrasada... (...) En una ocasión halléle en mi habitación; iba a consultarme sobre su horóscopo (...) anuncié al mancebo que un astro fatal le perseguía en la Corte.

Y efectivamente Macías había reaccionado según lo previsto, atolondradamente, con lo cual nuestro nuevo mago manipulador decide que es posible *hechizarlo* mediante la fantasía y lograr que actúe como a Villena le beneficie. Se trata de animar el loco amor de los jóvenes, provocar una deseada reunión amorosa y permitir que el marido de ella los descubra:

Pienso que si logramos poner en juego esa pasión, pienso que si el doncel no ha olvidado su amor, vuestros enemigos se destruirán por sí solos, sin que necesitéis cargar vuestra conciencia con un crimen.

La magia manipuladora deja paso a la intriga cortesana, con trasfondo de folletín romántico y revestida de maravillosa providencia. Abensarsal (cap. 16) se entrevistará pronto con el rey y adivinará mediante circunloquios astrológicos la muerte del papa Clemente, su sustitución por el papa Luna, la muerte asimismo del Maestre de la Orden de Calatrava y la señal del destino que indica a Villena como su sucesor natural. Todas estas noticias, asombrosas y al mismo tiempo naturales para el rey, hombre creyente en la astrología como muchos de su tiempo, le instan a actuar según los intereses de Villena. Y, admirado de ese azar divino que hace encajar misteriosamente intereses divinos y humanos de una manera casi perfecta, exclama:

¡Adoro tus fines, oh Providencia!

### *Moros encantadores*

En *El Doncel* (cap. 32) encontramos un castillo encantado por la antigua leyenda de un “moro, mago si jamás los hubo”. Este moro había construido el ahora “sombrio y viejo” castillo en tiempos de la conquista musulmana, y se servía de él para atormentar a numerosas doncellas. ¿Por qué? En su juventud había amado a la bella Zelindaja, pero ésta lo abandonó por otro sin razón alguna y nuestro moro quiso hacer pagar a toda mujer la culpa de una. Y “para lograr sus fines habíase dado a la magia y a la confección de filtros amorosos”, con los que enamoraba a las doncellas para negarles después su amor y encerrarlas hasta morir. Cruel alquimista del amor. Finalmente también Zelindaja bebió una de las pócimas y el moro pudo vengarse definitivamente cuando Zelindaja, muriendo por su amor, era rechazada con estas palabras: “¡Ay, mora mía, es tarde!”. Y esta frase, “es tarde”, pasó a ser lema del castillo,

y parece que la sombra viviente de Zelindaja se pasea por el castillo, gritando a viva voz la frase.

Estas son las breves noticias de nuestro mago moro. Desde luego, algunos personajes populares –pajes y criados– creerán la leyenda y actuarán según la superstición, pues la protagonista Elvira, amante de Macías, se volverá loca allí y acabará atrapada como la pobre Zelindaja, lo cual servirá para confirmar racionalmente los gritos que en noches tenebrosas se escuchan. Tenemos pues a un mago poderoso, sombra de una leyenda y apenas perfilado. Desde luego, fueron los musulmanes quienes a principios de la Edad Media trajeron la alquimia, que se extendió en el siglo XII (Hutin 18 y 30). En aquella época remota, alimentada por la leyenda, este mago sin rostro se nos representa alquimista feroz, despechado románticamente de amor. Y es ese prisma netamente romántico el que quizá lo convierte en un auténtico experto en bebedizos de irresistible poder amoroso y de paso en un vampiro que absorbe las energías de sus víctimas, como haría con la sangre en el siglo XVII la condesa sangrienta Erzsébet Báthory. El tipo de magia que realiza este moro cruel, basada en fórmulas y encantamientos, es sin duda magia demoníaca, ceremonial, aunque aplicada como sutil y potente mediadora celestinesca para perpetrar crímenes: por ello, se la conocerá oficialmente por brujería (magia negra) (Kieckhefer 92 y ss.). Los remedios de amor mediante filtros serán, sin embargo, muy populares y solicitados desde entonces, especialmente a numerosas brujas de toda condición.

#### *Villena, cristiano herético*

Como hemos visto, el personaje de Enrique de Villena en *El Doncel* se nos aparece con oscuras intenciones, diseñando una trama que poco tendrá que ver con la magia, según las propias creencias del personaje. Todas las azarosas casualidades (muerte de su esposa, muerte del maestre de Calatrava) quedan revestidas por la magia como explicación para una corte supersticiosa e ignorante. Era habitual en la Edad Media pensar en medios mágicos para luchar contra los enemigos: de hecho, “diversas formas de magia podían eliminar a los rivales y a otros enemigos (...)”. Incluso cuando la magia no fue en realidad utilizada, las tensiones en la corte pudieron fácilmente llevar a la sospecha de que estaba siendo practicada. En resumen, la sociedad cortesana estuvo dominada por la magia y por el miedo a ésta” (Kieckhefer 106). Parece que es ésta la situación y es Villena quien recibe la adjudicación de mago, por tanto de hereje, como lo pensaban los caballeros de Calatrava, reacios a ser dirigidos por un Maestre tal (cap. 19):

Inútil es decir si se recapitulaban largamente las calidades del conde de Cangas. Había quien le había visto horas enteras evocando los manes de los difuntos en un cementerio, en compañía del judío Abenzarsal; había quien le había visto sepultarse en una larga redoma y desaparecer a los ojos de los circunstantes, y hasta se llegaba a probar que había estado en más de una ocasión en dos partes opuestas a un mismo tiempo; lo cual, como convinieron todos, no podía obrarse sino por arte del demonio, si se atiende a que cada uno suele tener en el mundo más que un cuerpo. (...) Quedó, sin embargo, establecido por punto general, primero, que don Enrique había sido, era y sería eternamente nigromante por pacto con el demonio ...

Las acusaciones de hechicería realizadas contra el nuevo Maestre, hábito político ya viejo incluso entre monarcas y papas medievales (Cardini 40),

responden a las habituales críticas contra la actividad mágica desde san Agustín: acciones no naturales sólo podían realizarse mediante actos mágicos, con la ayuda de espíritus, y para el cristianismo todo espíritu que ayuda al hombre ha de ser demonio por necesidad. Villena, el histórico, hombre de letras y en absoluto de armas para un siglo pendenciero, enseguida es relacionado popularmente con textos apócrifos que tratan exageradamente sobre su dedicación en solitario y exclusivo a la escritura de materias oscuras; estos documentos hacen crecer una leyenda que suplanta la de su historia (Torres-Alcalá 3-5 y 61-64). En la *Crónica de Juan II* de Fernán Pérez de Guzmán se asegura que “de la Judiçaria y Necromançia supo tanto que se diçen y leen cosas maravillosas que hacia, con tanta admiración de las gentes, que juzgaron tener pactos con el demonio” (Torres-Alcalá 207). Al fin Larra lo convierte en un malvado intrigante, capaz de secuestrar a su esposa haciendo creer ante todos que ha sido asesinada misteriosamente, y lo hace sólo para quedarse viudo y poder optar al puesto ambicionado de Maestre de Calatrava<sup>2</sup>, gracias a una manipulada decisión regia. En fin, quienes en la novela asisten a la sucesión incomprensible de desapariciones y muertes, nombramientos y acusaciones, piensan supersticiosamente que Villena ha pactado con el diablo, ya sospechadas sus relaciones con Abenzarsal y la magia. No olvidemos que la Historia nos asegura que el asesinato mágico y la magia amorosa fueron frecuentes en las cortes inglesa y francesa (Kieckhefer 106-107). Así, en *El Doncel*, la ausencia de Macías a un careo de honor con Villena la debe el pueblo “a alguna hechicería de don Enrique de Villena y del judío” (cap. 37). También se dice en otro momento que ha hechizado a su mujer, incluso al doncel (cap. 38) y se le proclama en otro lado “un hechicero más nigromántico que el mismo moro del castillo” (cap. 32): a Villena “nadie tenía por menos mago que el amante de Zelindaja” (cap. 34). Y el propio doncel está en cierto modo hechizado por las creencias de su época, pues confía en el poder del judío Abenzarsal, a quien acude para solicitar un filtro de amor, y al comprobar que el judío adivina hechos que cree conocer sólo él, grita: “¡Ah! Tu ciencia es cierta” (cap. 26), y duda de asombro, creyéndolo un encantamiento cuando recibe de manos del mago un pergamino con la letra de su amada (cap. 31). Sólo Elvira, la única que conoce las intrigas y se ve incapaz de demostrar, se apercibe de la peligrosa asechanza, y afirma: “esa cita sólo puede ser un artificio... acaso una horrible maquinación, un lazo que nos tienden” (cap. 31).

El personaje de Enrique de Villena, cristiano heterodoxo, se convierte en un supremo manipulador cuya sombra es Abenzarsal; su magia se reduce a la no menos meritoria capacidad de ver un futuro deseado y el manejo de las marionetas de un teatro cortesano mediante hábiles operaciones con los hombres, sus ignorancias y pasiones. Quizás represente a ese gran manipulador en su versión política que ya apuntábamos al tratar de Abenzarsal.

### *Conclusiones*

“Es importante señalar que la magia medieval afecta a todos los estamentos y a todos los grupos humanos y que, como en otras parcelas de la cultura

---

<sup>2</sup> En la realidad histórica tan sólo había obligado a su mujer a entrar en un convento, con la excusa de ser impotente su marido, para así poder solicitar la anulación matrimonial y optar al puesto de Maestre, que le llegó con naturalidad; pero al fin no supo gestionarlo a gusto de la Orden y tras algunos conflictos fue depuesto (García de Santa María 63 y ss.; Varios 279).

medieval, el elemento popular juega un papel preponderante” (Álvarez López 49). Así se muestra también en nuestras novelas históricas: un gitano charlatán que practica la adivinación popular, un poderoso moro de leyenda que practicaba la alquimia y la brujería, un sabio astrólogo judío practicante de la cábala, un falso mago judío que practica desde la astrología al envenenamiento y, por fin, un cristiano esotérico sospechoso de cualquier tipo de nigromancia mediante la cual manipula a su antojo los destinos humanos sólo gracias a la superstición del prójimo. Estos son los magos de la novela histórica romántica española. Unos apuntan maneras, otros las aparentan y se aprovechan de esa imagen. Reflejan, sin duda, las grandes tradiciones mágicas que confluyeron en Occidente y en su conjunto, los caracteriza la marginación por raza o culto religioso, marginación inherente a la mentalidad medieval; también su condición de extranjeros o extraños, pues incluso el cristiano esotérico por serlo se convierte en extraño a la comunidad. El mago es un elemento de la heterodoxia en la sociedad de su tiempo, destinado a ese estatus marginal que ayuda a mantener el poder teocéntrico. Por lo tanto, no existe un mago que se constituya realmente en héroe, coincidiendo con esto en el punto de vista ortodoxo medieval, y así aparece en las novelas: el mago implica extranjería y marginalidad, pues todos los casos repasados (gitanos, judíos, moros y cristianos heréticos) forman junto con los vagabundos, leprosos, criminales, prostitutas y esclavos el grupo de la marginalidad en el medievo (Ruiz 107). Pero extraña la ausencia de protagonismo heroico que reciben de manos de nuestros escritores románticos, supuestamente comprometidos con ciertas figuras rebeldes..

Por otro lado, la magia aparece como un elemento que ofrece un cierto misterio en las tramas, pero no las determina necesariamente. Quizás de un modo pintoresco nos adelanta mediante sus adivinos hechos que sucederán o que han de suceder bien por el plan divino o por el humano, colaborando con la anticipación histórica que muestran estas novelas como elemento de interpretación de la actualidad de sus autores. La fantasía en la novela histórica romántica española está ubicada en los anacronismos de sus personajes y en las historias fabulosas en que participan, muy poco coincidentes con la realidad histórica en hechos y en motivos. Pero no en el uso de la magia o en los magos que en ellas aparecen: esta magia ofrece el ambiente de época, de forma bien colorista o bien misteriosa. Así, tampoco la magia es gran protagonista y su presencia se ajusta a una visión fuertemente histórica, escasamente fantástica, del poder que ejerce sugestivamente en diversos personajes. No hay una explotación imaginativa de este aspecto, sino más bien un acercamiento histórico a su fenómeno, con clara tendencia a la explicación racional; haciéndose eco de las leyendas y supersticiones, pero juzgándolas desde un evidente positivismo. Al fin, llama la atención cómo un personaje de la fuerza de un Villena o la imponencia sugerente de un Ben-Samuel no haya estimulado con justo impulso la imaginación de nuestros románticos, al punto de elaborar una historia en la que el protagonista sea el propio mago, no como un desencantador intrigante de artes mágicas y vanidades mundanas, sino como un auténtico hechicero, con la fuerza fáustica de una visión plenamente romántica de la vida, espiritual y creativa, y mostrando los hechos tal como quizás nos los harían ver la historia las gentes supersticiosas de nuestra Edad Media (brujo demoníaco) o el idealismo humanista del Renacimiento (mago humanista).

## Obras citadas

ALONSO, Amado y CARNERO, Guillermo. "Verdad y fantasía de la novela histórica." *Historia y Crítica de la Literatura Española. Romanticismo y Realismo V*. Barcelona: Crítica, 1982. 371-380.

ÁLVAREZ LÓPEZ, Fernando. *Arte mágica y hechicería medieval. Tres tratados de magia en la Corte de Juan II*. Valladolid: Diputación Provincial, 2000.

AMADOR DE LOS RÍOS, José. *Historia de los judíos de España y Portugal. Tomo II. Desde el siglo XIII hasta principios del siglo XV*. Madrid: Turner, 1984.

BEAULIEU, Michèle. *El vestido antiguo y medieval*. Barcelona: Oikos-Tau, 1971.

BUTLER, E. M. *El mito del mago*. Madrid: Cambridge University Press, 1997.

CAPARRÓS, José D. "Bases para la definición del género novela histórica." Ana M.<sup>a</sup> Aldama (ed.) *De Roma al siglo XX*. Tomo II. Madrid: UNED, 1996. 605-612.

CARDINI, Franco. *Magia, brujería y superstición en el Occidente Medieval*, Barcelona: Península, 1982.

CARNERO, Guillermo. "Apariciones, delirios, coincidencias. Actitudes ante lo maravilloso en la novela histórica española del segundo tercio del XIX." *Ínsula* 318 (1973): 1, 14-15.

CULIANU, IOAN P. *Eros y magia en el Renacimiento*. Madrid, Siruela: 1999.

DAXELMÜLLER, Ch. *Historia social de la magia*, Barcelona: Herder, 1997.

GARCÍA DE SANTA MARÍA, Alvar. *Crónica de Juan II de Castilla*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1982.

GARIN, Eugenio. *Medioevo y Renacimiento*. Madrid: Taurus, 1981.

GUENTERT. "Figuras de la manipulación en 'El Doncel'." *Actas del Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo*, II. Madrid: CSIC, 1983. 343-352.

HUTIN, Serge. *La vida cotidiana de los alquimistas en la Edad Media*. Madrid: Temas de Hoy, 1989.

KIECKHEFER, Richard. *La magia en la Edad Media*, Barcelona: Crítica, 1992.

LARRA, Mariano José de. *El Doncel de Don Enrique el Doliente*, Madrid: Cátedra, 1978.

LÓPEZ SOLER, Ramón. *Los bandos de Castilla o El caballero del Cisne*, Madrid: Giner, 1975.

LUKÁCS, György. *La novela histórica*. Barcelona: Grijalbo, 1976.

MARTÍNEZ MARTÍNEZ, María. *La industria del vestido en Murcia (ss. XIII-XV)*, Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 1988.

PUJALS, Esteban. *El romanticismo inglés: orígenes, repercusión europea y relaciones con la literatura española*. Santander: UIMP, 1969.

RUBIO CREMADES, Enrique. "La narrativa de Ramón López Soler: Ficción y realidad." en *Romance Quarterly* (1992): 17-22.

RUIZ, Teófilo F. *Historia social de España (1400-1600)*. Barcelona: Crítica, 2002.

SÁNCHEZ ORTEGA, María Helena. *La Inquisición y los gitanos*, Madrid: Taurus, 1988.

SEBOLD, Russel P. *La novela romántica en España: entre libro de caballerías y novela moderna*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2002.

TORRES-ALCALÁ, Antonio. *Don Enrique de Villena. Un mago al dintel del Renacimiento*, Madrid: Porrúa, 1983.

VARIOS. *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II. Madrid: BAE, 1953.

YATES, Frances A. *La filosofía oculta en la época isabelina*. México: FCE, 1992.

ZAVALA, Iris M. "Señoritos, bandidos, rebeldes, románticos: semiótica de la cultura." *Historia y Crítica de la Literatura Española. Romanticismo y Realismo*, V. Barcelona: Crítica, 1982. 241-242.



**Álvaro Llosa Sanz** es Máster en Edición de Textos por la Universidad de Deusto y alumno del programa de doctorado en la Universidad de California (Davis, California, Estados Unidos). Ha sido profesor de español y literatura en Hungría, España y Estados Unidos y publicado una decena de distintos artículos sobre literatura española en diversas revistas.